

Clásico

Buenas
letras para
“Tirant”

Joanot Martorell
“Tirant le Blanc”

Prefacio de Mario Vargas Llosa. Traducción al francés de Jean-Marie Barberà

ANACHARSIS
987 PÁGINAS
30 EUROS

JORDI GALVES

Es una revelación cotejar el “Tirant lo Blanc” escrito por Joanot Martorell a mediados del siglo XV y la nueva traducción del profesor Jean-Marie Barberà, la primera íntegramente realizada en francés. Es todo un acontecimiento. La fastuosa novela que Cervantes definió como “el mejor libro del mundo” ha gozado de múltiples traducciones y adaptaciones, de esforzados empeños de notables hombres de letras resueltos a revivir con otras palabras, con formas más ajustadas al presente, un mismo ensueño que, una y otra vez, reclama ser soñado como si la enésima fuera la primera. Libros a menudo ocultos como rarezas bajo el polvo de los armarios, los “tirantes” tienen el abultado y solemne aspecto de las biblias y se abren con pasión no menos verdadera. Como la de Isabella de Este, marquesa de Mantua, la deslumbrante mujer para cuyos ocios Lelio Manfredi tradujo la novela al italiano y que fue dada a la imprenta en 1538 en Venecia. O la de la desbordante Catalina, zarina de todas las Rusias, que leyó en su triste juventud la ingeniosa (pero resumida) versión francesa del conde Caylus publicada en París en 1737. La traducción castellana aparecida en las prensas de Diego de Gumiel en 1511 en Valladolid no es excelente pero gustó tanto a un viejo soldado sin suerte que le resultó inevitable aventurarse en ese modo de vivir y escribir, la cultura caballerescas, y así compuso el “Quijote”.

La mejor traducción

Desconozco las recientes traducciones al sueco y al finés (firmadas, respectivamente, por M. Ibáñez y S. Pavvo Lehtonen en 1994 y 1987) pero no puede ignorarse que, por su estilo, elegancia literaria, riqueza léxica, perspicacia lectora y fidelidad al original, esta traducción descolta frente a las inglesas de Rosenthal y La Fontaine y a la castellana de Vidal Jover. Es la mejor traducción de cuantas se han realizado de la novela de Martorell. Barberà, inteligentemente, no ha rechazado de plano la suntuosa (y a veces latosa) exuberancia retórica de los textos medievales catalanes del siglo XV (o “valenciana prosa”) como se acostumbra. Ni ha establecido una versión mimética, carente de creatividad o audacia. Por así decirlo, ha desarmado las frases y las ha recompuesto con un “grand style”, una refinada sintaxis francesa contemporánea, de frase larga y dúctil, sabrosa y envolvente que recuerda los itinerarios narrativos de Proust, la arte destreza de Gide, la orfebrería de los parnasianos. Sólo un hombre de sólida cultura como Barberà podía volver a escribir el mismo “Tirant” valiéndose de recursos retóricos tan distintos a los pensados por Martorell y, a decir verdad, tan eficaces. Verbigracia. Si en el capítulo 437 la princesa Carmesina alude a su desfloración como “la pèrdua per scampament dels meus carmesins strados”, Barberà sabrá traducir esta agudeza no sólo al francés, sino también al siglo XXI: “La perte par épanchement de mes roses carmin”. |

Qué se lee en China

En el torbellino

En un país en transformación donde las leyes del mercado hacen estragos y la censura es, paradójicamente, un trampolín hacia la fama, convive una joven narrativa occidentalizada (tipo “Shanghai baby”) con éxitos de denuncia como el “Informe sobre los campesinos chinos” o una novela ecológica ambientada en Mongolia

RAFAEL POCH

China es un país en trance, de rápidas transformaciones en el que la población urbana vive en estrés. Se trabaja, se consume, se ve la tele y se lee poco. Una de las novelas de Hu Fang, un escritor de la última generación, presenta la China actual como... un gran centro comercial. En este país, anciano y nuevo al mismo tiempo, la literatura es algo reciente que nació a partir de 1919. Hasta entonces había otra cosa; poesía escrita en una lengua clásica que no entendía –y aun menos leía– casi nadie, estancada en formas y estilos fosilizados.

En China no hay lista de best-sellers, pero si la librería de la calle Wangfujing de Pekín, una de las mayores del país, sirve de referencia, la jerarquía está clara. Primero diccionarios, manuales de inglés y un sinfín de títulos prometiendo rápidos accesos a la riqueza y al éxito personal. La literatura viene detrás. La literatura moderna vino en 1919 con la revolución... y murió con ella. De 1942 a 1976 hubo un gran vacío. Después la llamada “literatura de las cicatrices”, enfocada a la narración de los sufrimientos. En los ochenta se produjo la gran explosión que dio lugar a la época más fecunda en medio siglo, con una censura debilitada y tres generaciones de escritores que se suceden con gran variedad de estilos y temas. De todos ellos, es en Mo Yan, de la provincia de Shandong, donde la crítica identifica a un escritor mayor, prolífico y profusamente traducido con seis novelas mayores como “El clan del sorgo” (adaptada cinematográficamente por Zhang Yimou en una de sus mejores películas, “Sorgo rojo”), “El país del alcohol” o “El tormento del bosque de sándalo”.

A partir de mediados de los noventa el “mercado” irrumpió en la producción literaria. Muchas obras de poca calidad, están pensadas, o directamente escritas, como guiones de televisión o de cine.

Sobre los deshechos de los seriales se tejen novelas. El sexo (“Shanghai baby”, de Wei Hui, es un exponente) y los ruidos urbanos de la época (la “música”) tienen una gran presencia en esta corriente, que ha olvidado el campo y la historia para centrarse en el cuerpo y el individuo. Sociológicamente sus autores son hijos de nuevos ricos nacidos entre los sesenta y los ochenta, occidentalizados, tentados por lo marginal y con nostalgia hacia un mundo con ideales y mayor libertad, que enfatizan “el lado negro” de la vida; Dai Lai, Guo Xiaolu (“La ciudad de piedra”), Han Han, Tian Yuan, Hu Fang...

En las antipodas, destacan dos libros de éxito completamente diferentes. Uno es el “Informe sobre los campesinos chinos”, que describe sin tapujos las injusticias, miserias y abusos del campesinado en la provincia de Anhui. Actualmente, sus autores, el matrimonio Chen Guidi y Chun Tao, se enfrentan al pleito que uno de los funcionarios denunciados ha presentado contra ellos en un juzgado de provincias cuyo titular es pariente del difamado, una circunstancia que ilustra muy bien el contexto social del libro. Con más de 200.000 ejemplares vendidos, el “Informe” está siendo uno de los grandes éxitos del año. Los rumores de prohibición, aun lo han hecho más popular. En la China actual se puede criticar el orden establecido, de forma mucho más fuerte y directa que en la URSS de los setenta, pero no meterse con el Partido Comunista. ¿Censura? Desde luego existe, pero su principal efecto es que convierte las obras prohibidas en sumamente populares.

Otro éxito fuera de la corriente es “Totem Lobo”, una “novela ecológica” de Joang Rong, que describe las relaciones entre hombre y naturaleza en Mongolia Interior, una provincia cuya pradera se ha visto enormemente degradada en las últimas décadas. Y una última noticia; el género policiaco apenas está comenzando



Wei Hui, autora de “Shanghai baby”, es un claro exponente de la nueva literatura joven occidentalizada
EMILIA GUTIÉRREZ